

Cartas a un bachiller sobre lenguaje

Pablo Galindo Arlés

Carta I

Querido bachiller:

Sin duda se te hacen muy aburridas las clases de lengua. Y no te culpo, san Bostezo me libre, aunque tampoco quiero arrojar sobre la cabeza de nadie una tanda de pluscuamperfectos. Los chinos dicen que para hacer negocios con una persona debemos tomar juntos cien tazas de café. O sea, el comercio de las cosas requiere antes el intercambio de las palabras. En el aula tú escuchas y el profesor habla que te habla (bueno, también tú hablas por lo bajinis); y, sin embargo, entre la locuacidad de uno y la medio sordera tuya, pues ¡vaya qué pena penita pena! no salta esa chispa luminosa y mágica que encandila con las enormes maravillas del lenguaje. Usamos en cada momento esta útil y hermosa herramienta – regalo del cielo y fruto de la tierra - sin darnos cuenta de ella, indiferentes. Vamos, igual que si vieramos por la ventana la calle sin percibir el cristal transparente.

Y bien: ¿te pongo ya ahora la cafetera? ¿O prefieres una jarra de cerveza? En suma, ya sea con cafeína o bien con alcohol, espero que estas cartas te estimulen para hacerte degustar el lenguaje a sorbitos.

Carta II

Querido bachiller:

El árbol gigantesco surge de una semilla pequeña. ¿Cuál es el origen del lenguaje? ¿Y cuáles son esos sonidos breves que juntos adquieren un sentido preciso? En el siglo XIX los lingüistas, ávidos de hechos, hechos, hechos, proclamaron que dicha cuestión espinosa era baladí y se la traía al paio (con perdón). Pero el hombre es curioso, fisgón, y donde no llega la documentación alcanza la imaginación (podría haber dicho fantasía aunque perdía la rima).

Vamos a pensar en un troglodita con la barba florida y el vello en el pecho. De pronto siente unos retorcijones, la cara se contrae y con un gran alivio suelta en el aire un vientecillo. Otro miembro del clan se tapa las narices para evitar la invasión de aquella sustancia fétida. Y, como la cosa les hace gracia, supongamos ahora que la repiten imitando el acto fisiológico y la reacción instintiva consecuente. Pues bien, ¡ha nacido el lenguaje! El hombre ha logrado domesticar el aire para obligarle a decir cosas como “piedra”, “árbol”, “nube”, etc. Por un lado tenemos aquí un lenguaje oral: la onomatopeya “pum-pum” del pedo (¿no dices “petar” como “peder” para señalar la explosión de algo?). Y, de otra parte,, un lenguaje gestual: taparse las narices. Un conjunto de sonidos se reúnen y un conjunto de movimientos se asocian también para representar ambos una idea mental. Ya tenemos un “signo”, la suma de un significante con un significado. Ahora bien, ten presente una cosa: esos signos orales y gestuales son imitaciones que están fuera del marco temporal. O sea, podemos referirnos al lobo -¡auuu! - que ayer mató tres ovejas. Si el lobo tuviese que estar siempre ante nuestros ojos mostrando los colmillos entonces no habría lenguaje. Nuestro cerebro guarda en un depósito las palabras para

usarlas en el momento oportuno. ¡Bueno sería que olvidásemos hasta nuestro propio nombre!

El lenguaje onomatopéyico del sonido y el lenguaje gestual del cuerpo pueden combinarse. Así, amenazar con el puño cerrado mientras se gruñe como un tigre de Bengala.

Veamos en esta carta primero el lenguaje gestual del cuerpo. Taparse las narices es un gesto cuyo origen es natural, motivado. Y también cerrar el puño con el que se golpea al enemigo. Ahora bien, el hecho de que la luz roja del semáforo indique prohibición y la luz verde señale que se puede pasar es algo arbitrario, convencional. ¿Por qué debe ser así en lugar de ser al revés? No hay motivo. ¿Te imaginas que dos naciones se peleen para tener una misma bandera? ¡Yo la escogí primero! En eso están de acuerdo, en distinguirse por medio de un trapo de tela. Te invito a que pienses algunos signos motivados y otros convencionales. Hay la tira, puedes estirarte.

A veces sucede que un signo convencional resulta ser motivado, si bien con el paso de miles de siglos se ha borrado el sentido. Pongamos el gesto de afirmar con la cabeza verticalmente y, al contrario, negar con un movimiento horizontal. ¿Es ello arbitrario? ¡Ojo, lee esto entre paréntesis pues voy a echar aquí mi cuarto a espadas! Se dicen tantas hipótesis indemostrables que por una mas ... ¿Has visto a un bebé rechazando la cuchara con papilla que le ofrece la madre? Pues esa negativa se concreta en un movimiento horizontal que evita meter la cuchara en la boca. Ahora bien, la comida (beber es empujar el codo) exige un movimiento vertical teniendo en cuenta que, debido a la ley de la gravedad, el alimento debe “caer” por el esófago en el estómago. Y así, con esa cruz – horizontal, rechazo y vertical, aceptación – expresamos dos antónimos: sí y no. Estos gestos son fósiles de la alimentación de nuestros más lejanos ancestros. ¿Es verdad? ¡Quién sabe! *Se non è vero, è ben trovato* (no está mal que sepas algo de italiano y también un poco de escepticismo).

Carta III

Querido bachiller:

Si te digo “Chindasvinto” y “Recesvinto” te sonará lo mismo que si te digo “chiripitifláutico” o “aserejé”. O sea, voces sin sentido, soplos de aire que nada dicen. Y, sin embargo, los primeros son nombres de reyes godos mientras que los demás son una mera combinación de sílabas puestas al azar. Pues bien, podríamos inventar palabras tales como “gardunflas”, “calumbeo”, “chaspanto”, etc. Esto quiere decir que el número de palabras existentes es mucho menor al número de palabras que se podrían formar con sílabas. Entre el conjunto de todas las posibles seleccionamos algunas (cada lengua hace lo propio). Cualquier neologismo debe crearse tomando como material las sílabas que se pueden pronunciar. Basta con guardarlas en el almacén de las sílabas posibles para sacarlas en el momento oportuno cuando haya necesidad de poner una etiqueta a un concepto nuevo (crea neologismos apropiados para expresar ideas, como dormir sin almohada, comer sólo con cuchara, etc.)

Las sílabas son los auténticos ladrillos de las palabras. Es imposible decir de una sola tacada voces como “mariposa”, “relámpago”, etc. Salvo vocablos como mar, luz y demás monosílabos, debemos hacer una partición y esto se encuentra al alcance de cualquier analfabeto (alargando mariposa y dando palmadas tenemos “maa-rii-poo-saa”). Tampoco podemos decir p, j, t, l de un modo aislado, éstos elementos se disocian mediante el análisis fonético. En lenguaje matemático podríamos expresarlo así: b (a, e, i, o, u). Las consonantes “con-suenan”, suenan conjuntamente con las vocales. Éstas sí suenan solas, pueden formar sílabas por ellas mismas. Pensemos en la vocal a. El médico, cuando quiere vernos la garganta, nos hace decir “aaaaa”. Esto se debe a que la a es la vocal más abierta y se pronuncia con la lengua baja y aplanada, razón por la que no se oculta la úvula. Puedes mirarte en un espejo

y pronunciar a, e, i, o, u. Verás cómo los labios se van cerrando hasta llegar a la u donde los labios se abocinan en forma de un tubo para decir “fuuu” como apagando el “fuego. (no soplarías para apagar las velas diciendo aaa). También puedes averiguar por tu cuenta (¿hace falta que te lo diga un libro?) cómo se pronuncian los sonidos: para decir t ¿no ves que la punta de la lengua se apoya en la cara interna de los dientes superiores? ¿Y qué te duele cuando tienes faringitis? Además del punto de articulación es muy importante el modo de articulación (enseguida veremos el jugo que se puede sacar). En fonemas “oclusivos” (m,p,b) se cierran los labios cortando la salida del aire y luego se abren violentamente como un ruido de explosión: pamplona, pamplinas, bobo, etc.; en los fonemas “fricativos” no se interrumpe el aire sino que éste sale silbando como en una rueda pinchada: ffff, sssss.

Los poetas han sacado partido de estas diversas articulaciones de los sonidos. Escucha (versos al oído, no al ojo) estos versos de Góngora:

Rompe Tritón su caracol torcido
sordo huye a vela el bajel al viento

¿No es claro el contraste para alguien que sepa declamar? En el primero predominan sonidos oclusivos. ¿Y no nos sugieren la imagen del Tritón rompiendo furioso la concha? Por el contrario, el segundo verso, lleno de fricativas, nos hace imaginar el suave deslizarse del bajel sobre un mar en calma (¿podrá huir sordamente en una tormenta?)

El poeta Garcilaso recurre al mismo procedimiento en estos versos:

En el silencio sólo se escuchaba
un susurro de abejas que sonaba

La abundancia notoria de la fricativa s ¿no nos representa en la mente el zumbido del insecto?

Pero también la gramática se vale de estas diferencias de sonidos. Piensa un poco: ¿podemos decir “grandullín” o “pequeñón”? El aumentativo nos exige una vocal abierta (grandullóoon) mientras que el diminutivo requiere una vocal cerrada (pequeñíiin).

Asimismo puedes advertir que la sucesión de oclusivas es esencial para el doblaje de películas extranjeras. Doblar es sobreponer una lengua a otra. ¿Qué diremos si no existe coordinación entre las oclusivas y el actor inglés mantiene la boca cerrada mientras el doblador sigue hablando?

Y, para terminar, te pregunto: ¿por qué distingues la voz de un hombre de la de una mujer? ¿Por qué una es aguda y otra grave? No tienes más que ver cómo el guitarrista coloca los dedos para alargar o acortar las cuerdas. Sí, las cuerdas vocales de los hombres y de las mujeres tienen distinta longitud y, por tanto, un tono diferente. Los hombres las tienen más largas (también tus cambios anatómicos te hacían soltar “gallos” en la pubertad).

Carta IV

Querido bachiller:

Si comparamos Chindasvinto con Recesvinto vemos que hay una parte común: “vinto”. Ahora bien, esta parte común la podemos descomponer en “vin” y “to”. Estas sílabas las volvemos a encontrar en alevín y Toledo. Pero el más difícil todavía es darse cuenta de que la sílaba puede también partirse como un átomo al que creíamos indivisible. Al enfrentar pato y gato observamos que solamente existe la oposición de algo a lo que llamaremos p y otra cosa a la que llamaremos g. Siguiendo el juego de las oposiciones (palo, paso, etc.) sacamos todos los fonemas que nos bastan para formar las sílabas. Ya solamente queda alinearlos en equipos: pa, pe, pi, po, pu, etc. ¡Qué sencillo! ¡Hasta un niño pequeño aprende en poco tiempo a leer!. Claro está que no es lo mismo aprender lo que ya se sabe a crear lo que desconocemos. Y el hombre ha precisado miles de años para saltar de pintar las cosas a dibujar los sonidos. La escritura fonética - ¡ríete tú de internet! - es la mayor invención que han hecho los hombres. Sin ella tú no estarías en bachillerato, lo cual no creo que te importe demasiado, pero tampoco podrías perder tu valioso tiempo enredándote en las redes sociales.

Unos veinte o treinta fonemas nos permiten formar unas centenas de sílabas y éstas sílabas combinadas hacen posible escribir El Quijote, el Kamasutra o la Crítica de la razón pura. ¿No es fabuloso? Piensa que fabuloso viene de fábula y de fabla, y el fabla o habla es algo que debería dejarnos con la boca abierta y no de hambre o de sueño.

En la próxima carta veremos cómo los fonemas pueden ayudarnos a ganar en el juego del ahorcado, desmascarar la misteriosa guija y cifrar mensajes.

Carta V

Querido bachiller:

¿Has jugado alguna vez a la guija? Y digo jugar porque algunos se lo toman en serio creyendo hablar con los muertos. Si quieres desenmascarar tal impostura tienes que conocer la estructura silábica de nuestra lengua. La cosa es así de sencilla: cuando hay muchos participantes cada uno de ellos ejerce una mínima presión sobre el vaso. Ninguno se da cuenta, pero entre todos ellos forman un sistema de fuerzas cuya resultante señala la dirección del movimiento. Dado que la letra inicial puede ser cualquiera, el vaso da varias vueltas hasta que por cansancio, igual que los aplausos del público, se detiene, póngamos que en la P. Después, a continuación, solamente puede haber una vocal o líquida (l,r) y, por tanto, el vaso gira menos tiempo. Díganos que se para en la vocal A. Tenemos PA. El vaso continúa girando y ésta vez, como los candidatos a la tercera letra son bastantes, el gordo tarda en salir hasta que lo hace, díganos en la letra C. Ahora ya las posibilidades son tan escasas que el vaso se lanza sobre la O. La guija ha hablado: ¡PACO! Nos hemos comunicado con los muertos.

Otra posibilidad que nos ofrece el conocimiento de los fonemas es mejorar las posibilidades en el juego del ahorcado. Toma varios fragmentos de una novela y cuenta el número de veces que aparece una letra determinada. Pues bien, la clasificación de los fonemas será, más o menos, la misma siempre. Aunque haya una España cañí, y la ñ sea tan nuestra que estemos dispuestos a luchar a capa y espada para incluirla en los teclados internacionales, debemos admitir que esa letra bigotuda es una letra marginada, de mucho menos rango que otras. En la cabeza de las frecuencias están las vocales y, sobre todo, la a. De las consonantes una de las más

numerosas, teniendo en cuenta los plurales y las desinencias verbales, es la s. Entre los últimos de la fila está la ñ mencionada. Conocidas estas frecuencias – además de la morfología, como saber que en la preposición “en” a la e le sigue n – podemos averiguar las palabras con un menor número de oportunidades. Comenzar con una ñ en vez de con una vocal es perder una ocasión. También debes saber que cuantas más probabilidades haya de que aparezca una letra menos información trasmite. Si yo digo m ... no sabemos qué palabra es, pero si digo manzan ... todos sabemos que sigue una a.

Por último, la frecuencia de los fonemas y la estructura silábica nos ayuda a describir mensajes cifrados. Claro está que algunos son sencillos y otros tan difíciles que se precisan criptógrafos muy inteligentes para ponerlos en claro. Uno de esos criptógrafos geniales averiguó el código del ejército alemán en la segunda guerra mundial. Vamos a suponer que la letra a la sustituyes por t, a la letra b la cambias por j, y así sucesivamente. O bien a cada letra le asignas un número: A= 23, B= 51, etc. Así tienes un mensaje cifrado que no puedes descifrar sin conocer la clave. Tienes que tener en cuenta la frecuencia de los fonemas, las secuencias que se repiten, los fonemas que nunca se dan en final de sílaba, los grupos consonánticos imposibles como bj, rl, etc, y con eso y una caña de pescar...

Como ejercicio puedes cifrar un texto y darlo a un compañero con una clave incompleta. Es bueno pensar un poco y que no te lo den todo.

Carta VI

Querido bachiller:

Aunque esta carta te parezca soporífera, los morfemas no tienen nada que ver con el dios Morfeo. Ya sabemos que “zapato” lo podemos dividir en tres sílabas: za, pa, to. Éste era el análisis de una realidad física. Pero si decimos “zapat/ero” hemos dado ya una vuelta de tuerca al análisis de la palabra. La división en sílabas está al alcance de todos, la división en raíces y morfemas requiere estudio. La raíz “zapat” carga con la mayor parte del sentido, “ero” solamente nos indica una profesión (como cocinero, carnicero, etc). Y aún podríamos partir “ero” según el género “zapatero/zapatera” (la cuestión del lenguaje inclusivo merece una carta aparte). En suma, una raíz es el núcleo de una palabra, su centro semántico, y los morfemas añaden algunos detalles más complementarios (una es la ropa, otros los bolsos). Además del género, existe el morfema de número. En español tenemos singular y plural, uno y muchos. Ahora bien, ¿es algo absolutamente necesario en cualquier lengua? Podemos pensar que hubiera un morfema especial para cinco casas, otro morfema especial para diez casas, etc. Y bien: ¿cuál sería la consecuencia? Ciertamente sería más preciso, pero también sobrecargaríamos la memoria con varios morfemas cuando podemos tener tan sólo uno para todos los casos. He aquí una de las cosas que debes retener del lenguaje: el principio de economía. O sea, decir lo que más se pueda con los menores recursos.

Otros morfemas los podemos colocar delante, los prefijos (igual que en los teléfonos) o bien detrás, los sufijos (como las letras del DNI). Unos morfemas importantes (o desinencias, para ser ortodoxos) son los verbales. Así podemos distinguir que yo canto ahora y cantaré mañana. Vamos a quedarnos con el futuro. En su origen es “cantar ... he”. O sea, he de cantar, cantaré. De manera que el auxiliar se ha fusionado con el infinitivo y no se distinguen ya

los dos elementos como en “sacacorchos” (lo mismo en “avía de cantar, cantaría).

Volvamos atrás: de zapato salen zapatero, zapatería, zapatito, zapatón, etc. A esto se le conoce como familia léxica porque todas las palabras cuelgan de mamá raíz como en un rácimo de uvas. Además de las familias léxicas tenemos también los campos semánticos. De zapatero tendríamos clavos, suelas, cordones, etc. Pero los campos semánticos son como las ondas de agua que se entrecuzan cuando se arrojan varias piedras. De zapato sacamos botas, pelota, deporte, natación, agua, tierra, etc. Como en internet, navegamos y sabemos dónde entramos y no dónde salimos.

Un ejercicio: puedes hacer una cadena larga asociando semánticamente palabras y después intentar reconstruirla. Es bueno para la memoria. Mejor que los rabos de pasa.

Carta VII

Querido bachiller y querida bachillera:

Vamos ahora al abordaje, cual piratos y piratas del Caribe, de un tema bastante espinoso: el lenguaje inclusivo (¿te acuerdas del principio de economía?). En la historia de la lengua siempre han existido en pugna dos tendencias antagónicas: una, la etimológica; otra, la analogía. Y de los bofetones entre ambas sale, afortunadamente, un potaje de contradicciones. Solamente una máquina programada no incurre en ellas. El niño pequeño, más lógico que el adulto, dice “morido” en lugar de “muerto”. Y dice mal porque en materia de lenguaje la regularidad absoluta no es de este mundo. En virtud de la analogía – muy respetable – decimos “presidenta”. En latín “presidente” significa solamente el que está sentado delante de la sede, presidiendo (pre) sin importar el sexo. He aquí un tanto que la analogía gramatical le mete a la etimología. Pero los latinistas no deben rasgarse las vestiduras. ¿Quieres que te cuente un cuento? Al preguntarle a mi sobrina de pocos años en dónde estaba ella respondía: “aquí conmi”. Pues bien, dejando aparte que todos estamos con nosotros mismos, la niña tenía más razón que un santo con las cinco declinaciones. “Mecum” significa en latín “conmigo”, pero en el romance medieval evoluciona a “mego” y, al desconocer ya el lazo entre “go” y “cum”, se vuelve a repetir “cum”. En realidad decimos “conmicón”. ¿No es cómico? Un error bien afincado entra en el diccionario. Ahora bien, los errores no arraigan si la cultura no arranca de raíz en su momento la mala hierba. A veces se consolidarán necesariamente, no pasa nada; pero otras serán rechazados con muy buenas razones. Como ya he dicho, la lengua no se rige por reglamentos y decretos leyes. Si aceptamos decir “jóvenes y jóvenes” ¿por qué no también “adolescentes” y “adolescentas”? Un congresista americano no ve mermada su virilidad porque el morfema de género se haya

trasladado al artículo. Y una juez tampoco cobra menos que un juez ni está por debajo del escalofón por un quítame allá ese morfema (claro está que decimos también “aprendiza”, pero sin una hoja de ruta ideológica ni hacer de ello la punta de lanza de una cruzada feminista).

La lengua es un elefante que camina lentamente a través de los siglos y quien pretende atizarlo para que salte como una ágil gacela solamente recibe un coletazo que le pone el ojo morado (lo de coleta y morado no va con segundas). Las feministas radicales tienen batallas más importantes que saltar con una navaja al cuello de la gramática: ablación de clítoris, apedreamiento de adúlteras, prohibición de ir a la escuela, brecha salarial, violencia del hombre (algunos) sobre la mujer, etc.

Carta VIII

Querido bachiller:

Solemos creer que vivimos en tierra firme hasta que un terremoto hace temblar nuestras convicciones. Todos suponemos saber qué es una palabra. Y, sin embargo ... ¿es “sin embargo” una o dos palabras? Y otro tanto podemos decir de “sinvergüenza”, “sinsabores”, “sintecho” o bien de “enhorabuena”, “enseguida”, para no repetir la fusión en el infinitivo “cantar” del verbo auxiliar para formar el futuro “cantaré”. Y en francés el pronombre personal debe siempre acompañar al verbo, es inseparable de éste. ¿Pertenece a la misma palabra? ¿Y porqué o por qué no decir in útil o poli deportivo independizando los morfemas? Pensamos, viendo la escritura, que las palabras son eso que se separa con espacios en blanco, pero se ha precisado mucho tiempo, muchos siglos de investigación, para llegar hasta un mental análisis morfológico. En realidad hablamos un continuo sonoro.

Sin duda habrás oído que existen palabras sinónimas y antónimas. Vamos, que unas son amigas y se llevan bien entre sí hasta vestirse y peinarse del mismo modo y otras que no pueden verse ni en pintura y se llevan a matar. Tal vez creas que el doblete “perro” y “can” va en contra del principio de economía. ¿No añadimos una palabra de más al léxico? Pues bien, si queremos ser modernos e ir a la moda es porque necesitamos variar, nos cansa siempre lucir lo mismo. Un escritor sabe que debe alternar los sinónimos para no caer en la monotonía. Por otra parte, los sinónimos no siempre son idénticos. Están tan cerca que se separan un poco para que todos los gatos no sean pardos en la noche. Nadie diría en el lenguaje oral “can” aunque puede decir dientes “caninos”. En cuanto al antónimo por excelencia es día y noche, de donde se saca la oposición de blanco y negro. Si no, de qué. ¿Es el rojo del fuego antónimo al blanco del agua que lo apaga? Podríamos oponer el verde de las

hojas en primavera al marrón de las hojas en otoño. ¿Y por qué no puede haber tontos inteligentes si hay buenazos que son tontos? La lengua es bastante maleable.

Te recomiendo un ejercicio para dilatar tu léxico y, por tanto, ampliar tu mente. Haz un diccionario de veinte palabras con sus definiciones, precisas y rigurosas. Escoge las mejores. Ya verás que no es tan fácil.

Carta IX

Querido bachiller:

Las sílabas son los ladrillos de las palabras, las palabras son los ladrillos de las oraciones. Claro está que no podemos amontonarlas al tun tun diciendo: “muerde perro el”. Así como en el ajedrez el alfil no puede moverse como un caballo, también en el lenguaje han de respetarse las reglas del juego sintáctico. Si en lugar de “muerde perro el” decimos “el perro relampaguea” estamos construyendo una frase correcta aunque no tenga ningún sentido (los poetas surrealistas dejan que sea el lector quien se lo invente). Esto quiere decir que también aquí es posible formar muchas más frases correctas sintácticamente que frases válidas semánticamente. ¿Quién ha identificado lenguaje y pensamiento?

El análisis de una oración nos convierte en un policía en la sala de interrogatorios. A ver: “¿quién?”, “¿a quién?”, “¿de quién?”, “¿con quién?”, “¿cómo?”, “¿qué?”, “¿cuándo?”, “¿cuánto?”, “¿por qué?”, “¿para qué?”. Responda o ... le suspendo.

De todas esas preguntas sólo son obligatorias el quién (sujeto) y el qué (predicado), las demás son opcionales. El verbo no puede faltar, es el gallo del corral rodeado como gallinas de los adverbios y otros complementos. El sujeto (al que se puede acompañar con una corte de adjetivos) puede estar subido en el escenario o bien entre bambalinas. Si digo: “ando” se sobrentiende que soy “yo”. Bueno, estas cosas ya las sabes.

El hombre no puede hablar mientras inspira, debe acompañar su respiración pulmonar para soltar las palabras durante la espiración. Y como no podemos soplar muy largo tiempo, las oraciones tienen un límite temporal. Hace falta tomar aire (los oradores usan el truco de beber un trago de agua). En la escritura esta desventaja física no existe. Podemos descansar, añadir

palabras, quitarlas, ir al baño o bien a tomar un café, amplificar la frase hasta convertirla en un Goliat de vocablos, etc. Podríamos incluso, metiendo unas subordinadas dentro de otras subordinadas, como en las muñecas rusas, llenar toda una página desde un punto a otro punto. Pero lo mejor es no caer en ese estilo barroco y retorcido de amplios periodos casi geológicos. Cicerón ya sólo vive en los libros clásicos.

Carta X

Querido bachiller:

Las oraciones simples solamente tienen un verbo, las compuestas tienen varios. Pues bien, entre las diversas oraciones compuestas pueden darse distintas clases de relación. Una es la yuxtaposición, la coexistencia de dos frases que viven indiferentes sin prestarse atención. Viven en la misma casa sin hablarse. El ejemplo clásico es la frase de aquel autor clásico de la literatura latina, el chulapón Cayo Julio Cesar, el vencedor de Vercingetorix. “Llegué, vi, vencí”. ¡Ahí es ná la fantochada ególatra de aquel calvo! En segundo lugar, están las frases que juntan las manos como tortolitos y las ayuntan con la y. Son frases coordinadas que caminan al paso: “María estudia y Juan juega”. En realidad, más que frases compuestas, son oraciones simples “igualitarias”. Y, por último, están las frases del ordeno y mando. No es lo mismo el capitán que el general. Los verbos tienen su jerarquía. A la oración principal se le añaden otras bajo sus órdenes. Si digo: “si no llueve saldré”, no puedo decir únicamente “si no llueve”. ¿Qué harás entonces? Esta frase depende de la otra, es una “condicional” (o sea, que “se dice con” al mismo tiempo). Según la manera de subordinarse pueden ser temporales, causales, adversativas, etc. (están en cualquier gramática para consultar)

En las clases de lengua se suele hacer largos análisis de oraciones, tediosos, colocando capa tras capa, como en una lasaña, y diseccionando mecánicamente lo que ya nos está puesto en la mesa. Tal vez sería un camino más divertido seguir el camino inverso: ofrecer destruida la frase, hacer de ella un puzle, un rompecabezas a ensamblar para luego montarla ya hecha. Así, por ejemplo: “la vista aunque mona, de, se, seda, queda, se, mona”. Por supuesto, la dificultad debe ser mayor para que la utilidad y el deleite sean también mayores. Tras destruir, construir.

Otro ejercicio entretenido sería hacer frases correctas en la sintaxis pero sin ningún sentido y valorar después cuáles son las más ingeniosas, las más sugestivas (no hagas trampa leyendo Poeta en Nueva York). ¿Me dejas participar en el concurso de “surrealismo”? Ahí va una: “caballos de sangre saltan sobre el mar de las perlas”.

Carta XI

Querido bachiller:

Aunque no voy a darte clases de declamación – no voy a leerte poesías – vamos ahora a hablar de la prosodia. Podemos hablar en tono alto cuando discutimos, en tono bajo cuando apaciguamos. Pero lo normal es que hablemos sin alzar la voz ni meterla en el cuello de la camisa. En el comienzo de tomar la palabra pasamos del silencio al sonido y, por tanto, el tono asciende como un avión despegando. Sigue luego un vuelo horizontal, tal vez con alguna turbulencia causada por el temor o la alegría. Y, finalmente, la frase aterriza descendiendo el tono hacia el silencio. En las preguntas no sucede lo mismo. Si bajase en lugar de ascender se tomaría las afirmaciones como interrogaciones: “Tienes tiempo”, “¿Tienes tiempo?”. Un filósofo nos dice que las preguntas alzan el vuelo de las grullas (¿no ves el parecido de ? con su cuello ?).

En castellano tenemos tres clases de acento tónico: agudo, grave, esdrújulo. ¡Qué te voy a contar que no te hayan dicho ya! Pues bien, eso que probablemente no sepas es la causa de la representación del acento tónico en las tildes gráficas. Ciertamente, conoces las reglas. Como un periquito.

Veamos: lee esta carta y comprobarás que la mayor parte de las palabras españolas son llanas o graves; a distancia, siguen las agudas (en español todas las palabras acaban en vocal, líquida, n ó s). Cerrando la cola, ya lejanas, tenemos a las esdrújulas. Pues bien, fíjate en la siguiente frase: “el p^érro de ^Ána ^Sáncho ^córre ^hásta el ^árbol ^tódas las ^mañánas”. ¡Ocho acentos! Con esa proporción una oración parecería un aperitivo cubierto de pinchitos. Así pues, las llanas con tilde deben ser más escasas (aparte de “alcázar” o “azúcar” ¿te salen muchas más a bote pronto en la mente?) Sin los acentos esdrújulos ¿dirías ínclito o inclito? Te digo ésta voz porque muchas palabras cultas no nos entran por el oído sino por la vista. Y sin acentos agudos ¿cómo

saber si “el canto “ es “él cantó”. No, no son arbitrarios los acentos ni es una maldad de los gramáticos perversos para torturar las cabezas de los pobres colegiales. Y, por supuesto, las reglas de acentuación no son arbitrarias.

La cuestión de los acentos entronca con la ortografía. Ya hablaremos de ésta en la próxima carta.

Carta XII

Querido vachiller:

Me preguntas si hay derecho a que te suspendan por haber escrito aver sin h y burro sin b. Y, dándotelas de sabio, me dices que “huevo” se escribe con h y en latín es ovum y que España se decía en latín Hispania con h. ¿Qué debo decirte? Pues algo muy sencillo: hoy escribimos en castellano en vez de hacerlo en latín. Cada tiempo tiene sus reglamentos. Tampoco vestimos con toga. Si cada uno escribiese como Dios le da a entender la escritura sería un caos tipográfico. Los chilenos adoptaron una ortografía particular para ellos solos, pero tras unas décadas de insumisión tuvieron que volver a las normas comunes. Fue un fiasco.

Sin duda la ortografía debe evolucionar acercándose cada vez más a la pronunciación real. ¿Qué pinta la h en philosophia? Lo de Raphael es únicamente para llamar la atención igual que la K de Okupa señala rebeldía. Pero las reformas deben ser paulatinas, a fuego lento, sin sobresaltos. Reformas, no revolución (yo todavía aprendí a escribir transporte, y sigo en ello). Debe existir una continuidad que enlace el pasado con el futuro. ¿Te imaginas que los libros de nuestros abuelos fuesen ya casi ilegibles para nosotros? ¿Y si cada uno escribiera a su aire? Lee esto:

Mi ijo a ido a vever un baso de bino pero aora biene

No sé tú, pero a mí esa frase me sienta como un puñetazo en el ojo dado por un campeón de boxeo. Debes consolarte: ¡Cuánto te envidian los bachilleres franceses e ingleses! Para ellos nuestro ortografía es pan chupado y caramelo ensalivado.

Carta XIII

Querido bachiller:

“Traductor, traidor”. He aquí uno de los insultos más vergonzosos lanzado sobre uno de los oficios más estimables de la literatura. Sin estos trasvsadores de palabras los españoles solamente leeríamos a los españoles, los franceses a los franceses, etc. Seríamos islas en una cultura que ya no sería universal. El traductor merece elogios porque su faena es imposible y la lleva a cabo luchando contra los elementos. Yo no diría que traducir sea pedir peras al olmo, pero sí querer hacer naranjas de las mandarinas. Una novela, según la distancia entre las lenguas, puede hacer que el traductor se rasque la cabeza, pero la traducción de un poema le dará unas jaquecas impresionantes contra las cuales no hay calmante. No es fácil estirar la lengua de ellos hasta la lengua de nosotros. Tú, enamorado de la tecnología, piensas que las máquinas llevarán al paro a los traductores. En realidad, lo ayudan. Hacen el trabajo basto y el traductor, si es bueno, pule, corrige, lima aristas. ¡Hay tantos falsos amigos en las letras y en la vida! Además, falta el contexto y los dobles sentido. El día que una máquina traduzca un chiste y te rías, hablamos (los chistes son lo último que entiende un extranjero)

Sobre la traducción hay dos maneras antagónicas de pensar: una, que es imposible; otra, que es posible. Ambas son falsas. ¿Contradictorio, no? Los primeros piensan que las estructuras de las lenguas no pueden sobreponerse porque son incompatibles. Un español que aprenda chino debe olvidar totalmente la lengua propias para aprenderla de la nada como si fuese un niño. Sin embargo, no aprendemos nunca una segunda lengua como si fuéramos niños con la memoria en blanco. Un diccionario bilingüe es un puente tendido entre dos lenguas. Los defensores de la segunda posición creen

que hay una gramática general, unas reglas profundas que se manifiestan en las reglas particulares de los idiomas.

Como ejercicio puedes traducir algún poema extranjero – claro, no del chino - en varias versiones. Es una gimnasia para la mente fascinante.

Carta XIV

Querido bachiller:

Un buen amigo, no sé si con benevolencia o aviesas intenciones, me sugirió la idea de escribir un Manual de Retórica *ad usum scholarum*. Y entonces yo me acordé de aquella paradoja machadiana: “Doy consejo a fuer de viejo/nunca sigas mi consejo”. Los tratados de *Ars bene dicendi* sirven para escribir decentemente faenas de aliño. Sin embargo, en literatura “se natura no da, Salamanca no presta”. Los talleres literarios -descendientes suyos – enseñan artesanía de la pluma. Lo cual, dicho sea de paso, no está nada de mal. Un escritor, cualquiera que sea su valía literaria (eso es lo de menos), no traza líneas sobre punteados ni rellena moldes vacíos. La gramática sigue al lenguaje y la literatura antecede a la retórica. No pongamos el carro delante de los bueyes.

Si algún consejo puede darse, si es que puede darse alguno, es “arrimarse a los buenos”, aunque no para imitarlos servilmente escribiendo “a la manera de”. Un poeta, incluso un versificador tan sólo, precisa antes haber leído a muchos grandes poetas. Hace falta ser primero cisterna para luego ser fuente. Debemos – la metáfora es de Virgilio – ser como la abeja que liba de flores distintas para fabricar su miel. Decía Machado que se detenía a distinguir las voces de lo ecos, pero esta afirmación debemos entenderla “cum grano salis”. “Todo lo que no es tradición es plagio”.

Carta XV

Querido bachiller:

En estas últimas cartas quiero darte una visión panorámica (a vuelo de pájaro o bien de un dron, como tú prefieras) de la historia de la literatura española. Ahora bien, solamente son unas pinceladas, subjetivas, incompletas, No pidas más. En cierto modo la lengua es siempre creación literaria. Si yo digo que “en estas últimas páginas quiero darte una visión panorámica (a vuelo de pájaro o bien de dron, como prefieras)”, es casi absolutamente imposible que alguien las haya dicho tal y como están. Tan imposible como si al lanzar miles de letras al aire cayesen formando El Quijote. Son creación mía, sólo mía, y no importa el valor estético que se les atribuya. Claro está que se puede acudir también a las frases hechas, aquellas que un hablante inventó en su día y otros han repetido hasta convertirlas en lugares comunes.

Vamos a comenzar el itinerario por el comienzo (no creas que esto es una perogrullada pues también se puede empezar “in media res”: “hace cinco años”, dicen algunas películas tan pronto como nos sentamos en el butacón con palomitas. Nuestro viaje, como Moisés, se quedará sin entrar en la tierra prometida. La literatura moderna – lo moderno es lo que más rápido se queda viejo - es ya cosa tuya. Solamente deseo que leyendo a nuestros buenos clásicos puedas apreciar con buen gusto a nuestros buenos modernos.

Y ya para concluir no te creas que esto es un Breve manual de literatura, con profusión de nombres, datos, resúmenes, etc. Tienes para eso a wikipedia, el rincón del vago y otras vagancias que te sirven “fast foot”. Espero que haya quedado claro que estas cartas son únicamente el aperitivo antes de sentarse a la mesa.

Carta XVI

Querido bachiller:

¿Has visto alguna vez una fotografía tuya en el parvulario? ¡Qué distinto! Casi no te reconoces la cara ni los pies. Pues bien, tampoco Cicerón entendería el “roman paladino” de Gonzalo de Berceo. Ya te he mencionado antes la pifia de “conmicon” doblando la conjunción “con” (disculpa el tamborileo)

Trasladémonos a un monasterio de la Rioja, san Millán de la Cogolla (se me escapan los pareados). Estamos a finales del siglo X. Unos monjes, a la luz de la vela, copian fatigando su mano un código latino. Pero ya no entienden todas las palabras. ¿Qué hacen entonces? Pues escriben una glosas o anotaciones al margen para aclarar el sentido. Así estas glosas, testimonio más antiguo de nuestra lengua, suponen el primer vagido del español, su acta de nacimiento. En suma, no son más que tus anotaciones en la traducción de un texto en inglés cuando no conoces la palabra (se puede decir muchas cosas más sobre las Glosas emilianenses, no son las únicas, pero como ya te dicho no es éste el lugar ni tampoco mi propósito)

Como ejercicio puedes tomar un fragmento medieval y anotar todas las palabras que desconoces (uço, puerta, etc.) O sea, si las glosas van del latín al castellano antiguo, tú vas del castellano antiguo al español moderno. Dentro de quinientos siglos tal vez nuestros descendientes precisen unas nuevas Glosas. La lengua no se queda quieta.

Carta XVII

Querido bachiller:

Mientras en el norte los monjes cristianos escribían glosas al latín, los poetas andalusíes escribían moaxajas en lengua árabe. ¿Y qué tienen de particular esos poemas? Pues que en ellos se incluye al final unos cortos poemillas en mozárabe (supongo que no hace falta recordarte quiénes eran estos señores). Se les conoce con el nombre de jarchas. Los temas solían – y sin solían - ser amorosos, algo que siempre ha interesado a los hombres y a las mujeres, y si no que se lo digan a muchos cantantes modernos. Pero eso de meter cuñas de otra lengua en la propia no es cosa solamente de los líricos antiguos. ¿Recuerdas a Madonna cantando en inglés mientras inserta eso de: “la isla bonitaaa”? Yo mismo he presenciado una de esas “jarchas”. Claro está que no se distinguían por su belleza sino por su vulgaridad. Unos magrebíes estaban hablando en su lengua y, como es natural, yo no entendía absolutamente nada. Ahora bien, de pronto capté dos palabras que sí entendía: “hijoputa”. Debería ser un motivo de reflexión – aquí me pongo serio- que dicha grosería sea tan extendida incluso entre quienes no son groseros. ¿No somos capaces de exportar otros vocablos? Tal vez tendríamos que importar el “padrísimo” de los mejicanos para tirar en el retrete eso de “cojonudo”. Hazme un favor: “des-sexualiza” la lengua o bien lávatela con jabón.

Carta XVIII

Querido bachiller:

A fines del siglo XII, o inicios del siglo XIII, la larga contienda entre musulmanes y cristianos continuaba destrozando alfanjes, cascos y espadas. Dada la psicología humana, los cristianos precisan un “héroe”, un caballero capaz de vencer a los moros incluso estando muerto. Ese guerrero fue el Cid (señor en árabe) y el poema épico Poema del mio Cid cuenta alguna de sus hazañas. El poema está lleno de dramatismo: la injusticia del destierro, la incomprensión del rey, la despedida de su esposa doña Jimena y de sus hijas, la afrenta de unos nobles envidiosos que las violentan, etc. Sí, el Cid tiene todos los elementos para ser llevado a la pantalla, como así se ha hecho. Podemos imaginarlo alto, fuerte, valiente, generoso. En nuestros días habría recibido varias medallas y quizás lo llamasen generalísimo con mayor justicia que a un enano de la voz atiplada.

El amor (jarchas) y la guerra (el poema del Cid) son una constante en la literatura. No hay película de vaqueros e indios donde una hermosa señorita no agarre del brazo al héroe con pistolas para que no se enfrente a los malvados con plumas. Según parece el hombre necesita abofetear una mejilla y dar un beso a la otra.

Con cierta resonancia evangélica dirá Machado (el hermano postergado) en cuanto al número de los guerreros fieles: “Al destierro con doce de los suyos/polvo, sudor y hierro/el Cid cabalga.”

Carta XIX

Querido bachiller:

En las misma tierra donde el castellano da su primer vagido, nace también en el siglo XIII el primer poeta conocido de nuestra lengua. Se llama Gonzalo de Berceo, clérigo adscrito al monasterio de san Domingo de la Cogolla y, probablemente, también relacionado con Silos. No escribe para los cultos en ese latín ya deformado, y que apenas se entiende, como se aprecia en las glosas, sino que habla en “roman paladino”, aquella lengua “con la que el pueblo habla a su vecino. O sea, usa el lenguaje de la calle y, no sin cierta gracia, nos dice que sus versos bien merecen un buen trago de vino (de la Rioja, claro). Como poeta religioso, naturalmente, escribe poesías religiosas: los Milagros de la Virgen y vidas de santos (especialmente, arrimando el ascua a su sardina, a los fundadores de los monasterios donde vivió, pues los peregrinos precisan “una guía” que les informe). Pero ¡alto ahí!. No te dejes llevar por prejuicios mundanos. Los “juglares a lo divino” no son únicamente lectura de beatos (muchos creyentes no forman parte de la cofradía de la beatería). A la belleza se llega por diversos caminos y uno de ellos es la búsqueda de Dios. A pesar de su voluntad de llegar al pueblo llano, su poesía es “mester de clerecía”, escrita en cuaderna vía (doy por sentado que ya conoces el sentido). Lee estos versos:

Yo maestro de Berceo nomnado
iendo en romería, caecí en un prado
verde e bien sençido, de flores bien poblado,
logar cobdiciadero para omne cansado.

Ese “Yo maestro de Berceo” suena muy diferente a “Yo, don Diego de Zúñiga y Mendoza conde de Cogolludos de la sierra, y otras hiebas, etc”. Aquí no hay ínfulas, sino sencillez, ingenuidad. Como su poesía. Merece un buen vaso de vino, de cerveza o cualquier otra bebida aunque sea de graduación cero en alcohol.

Carta XX

Querido bachiller:

La lírica popular es una delicia para los oídos. Breve, sugestiva y ... anónima. ¿Quién la ha creado? Todos y nadie. Es la voz del pueblo que suena en el aire. Como pasa en biología, tampoco un poema nace mediante generación espontánea. Alguien da el primer empujón y, más tarde, otros “álguienes” continúan el impulso hasta hacerlo llegar a todas las antenas repetidoras.

Tal vez uno de los mejores poemas (o acaso el que más me gusta) sea el siguiente:

Malherida iba la garza
enamorada
sola va y gritos daba.

¿Qué garza?, ¿Qué herida?, ¿Qué amor? Esas tres preguntas quedan flotando en la niebla atrayendo la mente de los lectores.

Es casi inevitable que nos venga a la memoria aquel verso de san Juan de la Cruz:

Salí tras ti clamando y era ido

Carta XXI

Querido bachiller:

Solamente para aligerar la marcha pasamos casi de puntillas sobre el Libro de Buen Amor, un libro que te enamorará si quieres leerlo. Era Juan Ruíz, el arcipreste de Hita un hombre curioso, no se sabe si cínico o moralista. El personaje de Trotaconventos es una alcahueta que prefigura a la Celestina, pero lo que más me interesa resaltar es la descripción de cómo debe buscarse a la mujer, qué cualidades debería tener para agradar a un hombre. No sé que tendrán que decir a eso las feministas actuales y, de todas maneras, no sabemos si ese tipo de mujer es el tipo de la época o solamente cómo le gustaban las mujeres al arcipreste. Así nos dice que ha de tener “cabellos amarillos, no teñidos de alheña”. Como vemos eso de “los hombres las prefieren rubias” viene de antaño y, además, rubias de nacimiento, no de bote (curioso consejo en donde la mayoría de mujeres son morenas). En cualquier caso, se limita a la descripción física y no dice eso de “la mujer aína, la pierna quebrada y en la cocina”.

De la supuesta intención moral del arcipreste, pasamos al tono grave y dolido de Jorge Manrique. En una estrofa original, canta el dolor causado por la muerte de su padre y mezcla el sentimiento de amor filial con una visión pesimista de la vida. En cierta canción moderna se dice: “Nunca permitas/que sombras de ayer/nublen el sol de hoy”. O bien se puede también proclamar: “vendrán días mejores”. Ésta es una actitud positiva, abierta con esperanza al futuro. Manrique se sitúa en una actitud contraria. La muerte llega en silencio, “tan callando” y al volver la vista atrás contempla que “cualquiera tiempo pasado fue mejor”. Aquí se refleja el viejo mito de la edad de oro, opuesto a la creencia ilustrada en un progreso continuo de la humanidad. Desde el dorado metal se pasa en un proceso de degradación hasta la edad de

hierro, que todavía tendrá un estado peor pues ... “cualquier tiempo pasado fue mejor”. Somos como ríos cuyo término es la desembocadura en el mar, al que se identifica con la muerte. Y ese final en la mar nos iguala a todos, ricos y pobres, nobles y villanos. Claro está que ante esa lúgubre expectativa, el hombre podría decir: “¡Qué nos quiten lo bailao!. Esto es lo que dirán, imitando a los clásicos, los poetas renacentistas: “carpe diem”, goza del presente (sin mencionar a los borrachines de los goliardos).

Carta XXII

Querido bachiller:

La Celestina es, según Cervantes, un libro divino ... “si encubriera más lo humano”. Y aquí podríamos añadir: “lo sórdidamente humano”. El autor, Fernando de Rojas, hace enrojecer a los pudibundos con sus putas e hideputas. Ciertamente no es un libro para menores de catorce años (teniendo siempre en cuenta la madurez individual). Antes la moralidad de una película se indicaba mediante rombos y hasta cierto cura usaba diversos toques de campama para señalar la graduación del pecado. La historia parece ser primahermana de Romeo y Julieta, pero no es ni prima segunda.. En el conflicto amoroso de la obra italiana se enfrentan, cual si fueran bandas rivales en West side story, dos familias ricas de la ciudad: Capuletos y Montescos. Pero ¿qué rivalidad existe entre la familia de Calixto, que no aparece, y Pleberio, el padre de Melibea. Ni siquiera sabemos sus apellidos. Y, dado que en aquel entonces no existía tinder, ¿por qué acudir como medianera a una vieja puta y a dos criados rufanes que van y traen recados? En el comienzo de la obra nos aparece Calixto buscando su halcón perdido. O sea, es un noble, un “cristiano viejo”. Por el contrario, el llanto de Pleberio tras la muerte de Melibea (“¿para quién edificué palacios?”) nos lo muestra como un judío enriquecido, un “cristiano nuevo”. Y aquí nos aparece subyacente el motivo por el cual Calixto, joven y de buena cuna, no le pide al padre de Melibea su mano, su pie y su corpiño. ¿Se puede estudiar literatura sin historia y conocer la historia sin la literatura?

Carta XXIII

Querido bachiller:

Garcilaso de la Vega, además de tener unos apellidos campanudos, fue poeta y soldado. O sea, reúne las armas y las letras. Como poeta, siguiendo a su amigo Boscán, introduce el soneto en España. Eso de importar una forma métrica nueva no es cosa fácil, pues pone en aprieto apretar las ideas en catorce versos de once sílabas, más cuando no se tiene la costumbre de hacerlo. No basta el serrucho para construir dos cuartetos y dos tercetos. Pero Garcilaso de la Vega lo hizo, y lo hizo bien. Entre los varios sonetos, de temática amorosa, destaca el tópico clásico del *Carpe diem*. “Goza el presente”, éste huye presto, la primavera de la juventud florida se convierte en las canas nevadas de la vejez. “*Gaudeamus igitur, iuvenes dum sumus ...*” cantan los universitarios, muchos de ellos sin conocer siquiera una declinación de latín.

Una anécdota: entrando una vez yo en una farmacia leí en ella un anuncio de un medicamento que decía: “*carpe gripem*”. Es decir, coge la gripe (seguramente para comprar la medicina anunciada) Conclusión: no basta con ser de ciencias.

Carta XXIV

Querido bachiller, y no Carrasco:

Eso de llamar Siglo de Oro a un periodo concreto me parece algo excesivo. Vendría a ser como señalar que tras ese maximum no es posible otra cosa que declinar. Sin duda es una centuria dorada para nuestra patria, aunque el codiciado metal amarillo, como dice Quevedo, “nace en las Indias honrado/para ser en Génova enterrado” (en los banqueros acreedores). Pero no cabe duda que comparados el siglos XVI y XVII con el que les sigue en un palito más no hay color. Comparar a Quevedo con Menéndes Valdés es como poner a Messi al lado de un jugador de tercera división. En aquel Madrid barroco, aldeón manchego, Corte y Villa, había juntos muchos gallos de corral y los Quevedo, Góngora, Lope y Cervantes se arrojaban dardos envenenados mediante alusiones ocultas o, a veces, no tan ocultas.

El más universal de nuestros escritores es don Miguel de Cervantes Saavedra y su personaje, el loco don Quijote de la Mancha, junto al barrigón Sancho Panza, son las figuras literarias más conocidas traspasando los Pirineos (paso por alto el nombre de aquel que quiso pisarle su novela de caballería). Se ha dicho que esta obra hace reír a los niños, pensar a los mayores y llorar a los viejos. De manera que tómalala a risa, pero piensa un poco en las andanzas y desventuras de este “desfazedor de entuertos” y valedor de viudas y huérfanos cuando no existían aún las pensiones. Yo creo, y creo que don Miguel estaría conmigo,, que los cervantófilos son unos pelmazos idólatras ¡Hasta organizan el día de su muerte una lectura pública en la que unos elegidos declaman por turno las locuras de este ingenioso hidalgo! A mí me parece que los ministros de educación, haciendo leer íntegra la obra cervantina, actúan como si una madre diese jamón serrano a un niño destetado. Hace falta tiempo, y ganas, para saborearlo. Entretanto ¿puedes

imaginar qué hacía Alonso Quijano durante el medio siglo anterior a que se lanzara a los caminos? Probablemente esto sea tan inútil como indagar la vida de Jesús antes de su predicación.

Lope de Vega (de distinta Vega que Garcilaso) fue un poeta fecundo, autor de casi tantas obras – es una exageración - como mujeres de las que se enamoró. Y de su donjuanismo nos da buena cuenta en este poema:

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso;

Y después de los demás versos del mismo tenor (“un soneto me manda hacer Violante ...) termina diciendo:

esto es amor, quien lo probó la sabe

Otro de los grandes es Francisco de Quevedo, cojo, misógino, lleno de ingenio y mala uva y con sus “quevedos”, esas gafas redondas, montados en una nariz que no es superlativa, como hace alusión al apéndice de los judíos. Si por un lado es capaz de elevarse hasta cumbres espirituales, la cabra tira para el monte y le sale la vena humorística cuando menos se espera. Así en este soneto lleno de piedad religiosa donde habla sobre la pecadora Magdalena:

Con un vaso de unguento los sagrados
Pies de Jesús ungió, y él diligente
La perdonó (por paga) sus pecados

Y ahora, tras dos cuartetos y un terceto piadosos, da este volantazo cómico:

Y pues a queste ejemplo veis presente
¡Albricias, boticarios desdichados!
Que hoy da la Gloria Cristo por unguente.

Pero a mí, particularmente, el Quevedo que más me gusta es el que medita sobre la muerte, el paso fugaz de la vida, ese tiempo que no vuelve ni tropieza:

¡Oh, condición mortal! ¡Oh, dura suerte!
Que no puedo vivir mañana
sin la pensión de procurar mi muerte.

Góngora, narigudo, es el adversario declarado de Quevedo, quien le dedica estos “piropos” insinuando su origen judío: “untaré mis versos con tocino/para que no me los muerdas, Gongorilla”. Pero los versos que más me interesan aquí (hasta el punto de que me cautivaron para la literatura) son éstos:

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa
media luna las armas de su frente
y el sol todos los rayos de su pelo
lucido honor del cielo
en campos de zafiro pace estrellas.

¿Enrevesado, no? Todas esas perífrasis para decir que en la primavera se ve durante la noche la constelación de Tauro. Y esto decidió mis estudios. ¡Cosas veredes!

Carta XXV

Además de los grandes poetas anteriores, destacan en esos “tiempos recios”, que dirá santa Teresa, dos grandes poetas “a lo divino”: Fray Luis de León y el menudo san Juan de la Cruz, amigo de la santa de Ávila. En cuanto a fray Luis estuvo envuelto a su pesar en las disputas teológicas en la universidad, y en las rencillas internas y la mezquidad de muchos de sus compañeros. Y le salió mal, pues fue a parar con sus huesos y su carne a los calabozos de la Inquisición, que no perdona ni a los eclesiásticos de mayor valía. Una vez salido de prisión, como queriendo pasar página y olvidarse de todo ello, se dice que empezó su clase con estas palabras: “como decíamos ayer”. Claro está que ese ayer era un lustro. Todas aquellas penalidades le hicieron desear la vida dichosa de quien “ni es envidiado ni envidioso”.

Por lo que respecta a san Juan de la Cruz te voy a contar uno de los versos que más me gusta (escribí un artículo sobre ese verso). Pertenece al Cántico espiritual y es final de la estrofa siguiente:

Adónde te escondiste
Amado, y me dejaste con gemido
como el ciervo huíste
habiéndome herido

Y ahora viene el que para mí es el mejor verso:

salí tras ti clamando y eras ido

Si observas la acentuación verás que todas las palabras en los cuatro primeros versos son llanas y hay un contraste evidente entre las vocales

abiertas (a,e, o) y la i cerrada en posición de tónica grave. Esa sucesión de una misma estructura vocálica (abierta/cerrada) produce un efecto pendular y ese vaivén se ve interrumpido en el quinto verso en el cual se rompe también dicha regularidad: íes en posición aguda, grupos consonánticos abruptos (tr, cl), desproporción entre ambas partes del verso (una larga, el esfuerzo, y otra corta, la contemplación absorta). Al escuchar ese trastear del “tras ti cla.”, ¿no nos hace imaginar los trompicones de una carrera acelerada? Y esa imagen de fonética psicológica ¿no nos recuerda a la s de “en el silencio sólo se escuchaba/un susurro de abejas que zumbaba?

Carta XXVI

Querido bachiller:

Vamos a quitarnos de encima el siglo XVIII de un capotazo y entrada a matar. Esta centura es rica en pensamiento y pobre en literatura. Ya sé que los especialistas citaran a Moratín padre, Moratín hijo y Moratín Espiritu Santo (con perdón), pero supongo que no pretenderán emparejarlos con Lope y Calderón. La Ilustración se fundamenta en la razón y la razón no permite que en una obra teatral un personaje aparezca en pañales y poco después como un viejo decrepito; o o que una acción trascurra en Madrid y más tarde en Constantinopla (ni lo aviones actuales). Los preceptistas ordenan – para eso son preceptistas – la regla de las tres unidades: acción, tiempo y lugar. Esta regla ya se la había saltado antes a la torera Lope de Vega alegando que el público manda y, como es impaciente, pues ahí que darle gusto y no hay más que hablar.

El hombre ilustrado se guía por la razón, pero los hombres son como los borrachos: cuando quieren enderezarse se inclinan hacia el otro lado. En ese movimiento pendular los románticos rechazaron la razón para dar mayor importancia al sentimiento.

Entre los varios escritores románticos está Larra, periodista y suicida por amor (algo que difícilmente se le hubiera ocurrido a un hombre de un siglo antes). Según él en España “escribir es llorar”, algo que parece ser una constante histórica si exceptuamos algunos escritores cosquilleados por ciertos editores cucos. Otra “ocurrencia” suya es aquel título “Vuelva usted mañana”, mal endémico de nuestra burocracia (¿a quien no le ha faltado alguna vez un papel indefenso ante la taquilla)

Pues bien, volviendo a la metáfora del borracho después de la embriaguez apasionada del romántico viene el realismo, el pisar en tierra. La literatura refleja el mundo en lugar de idealizarlo.

El más célebre autor realista es Benito Galdós, al que apodan con nombre de cocido “el garbancero”. Escribió los Episodios nacionales, una serie de novelas históricas que te pueden dar una idea de nuestro siglo XIX sin acudir a manuales. Conste que esto no es una invitación a que no lo hagas.

Carta XXVII

Querido bachiller:

Eso de contar por generaciones es casi de ayer mismo y suele ser un truco de la crítica literaria para juntar nombres haciendo más fácil la tarea de inventariar. Antes se decía escritores medievales, renacentistas, barrocos, etc., pero los que venían empujando necesitaban un márchamo más corto que les agrupase dándoles un mayor calor. Por supuesto, no todos los etiquetados aceptan ser etiquetados. Y bien, así como los mandamientos se reducen a dos, también las verdaderas generaciones se limitan a dos: la generación del 98 y la del 27 (las demás son imitaciones).

La primera - “más se perdió en Cuba”- comienza con la pérdida del Imperio en el que no se ponía el sol y luego se queda a oscuras como una bombilla fundida. Yo leí muy pronto a Unamuno, y no lo hubiera hecho. No es una lectura para adolescentes. Cuando se está en la salida de la vida no hay que mirar demasiado pronto a la llegada. Eso es de almas enfermizas. Miguel de Unamuno nos dice que su nombre se inicia con la M de muerte, y se pasa la vida recordando ese “memento mori” tan lleno de emes. El escritor vasco, hablando de todo, habla siempre de sí y aunque desee hacernos descubrir nuestro yo propio casi nunca sale de su yo. Esto no quiere decir que no lo admire, o que no haya sacado provecho de su lectura, pero guárdate de tomarlo como desayuno de tu inteligencia (a menos que no bebas también el antídoto de Ortega).

Machado (cuyo hermano es injustamente relegado hasta el punto de tener que añadir su nombre) es uno de mis poetas preferidos. Serrat ha puesto música a sus poemas y los ha cantado admirablemente. Escúchalos. No te puedo decir más.

Baroja, también vasco como Unamuno, se llamaba Pío, por lo que los curas beatorros del franquismo lo llamaban el impío don Pío (¡qué original!). Se dice que, teniendo una panadería el escritor, el poeta Rubén Darío le dijo que escribía con “mucha miga”, a lo cual Baroja respondió que al nicaragüense se le notaba en la pluma que era indio. Bueno, estas anécdotas no son muy fiables, pero sirven para llenar líneas cuando no se sabe mucho más, y yo apenas lo he leído bastante. A quien sí he leído con un gran placer es al alicantino Azorín, maestro del estilo. Sus frases son cortas, caminan a pasitos, cuidadosamente. Desempolva arcaísmos mientras visita los viejos pueblos de la Castilla rural. Como crítico me hizo conocer a un escritor de mi tierra, Mor de Fuentes, que vivió en tiempos de la revolución francesa. Si lo encuentras puedes leer el “Bosquejillo de mi vida”. Es muy interesante.

Carta XXVIII

Querido bachiller:

La generación del 98 toma nombre de un desastre militar, la del 27 , a partir del homenaje a Góngora en el tercer aniversario de su muerte (podríamos intercalar la del 14 con mi admirado Ortega). A diferencia de los noventayochos, los del veintisiete posan juntos en la foto. Es su puesta de largo en la poesía de su época (claro que no todos desean meterse voluntariamente en el grupo). No te voy a dar aquí la lista de miembros, características, etc. Como ya te he dicho, ahí tienes los manuales. Solamente quisiera hacer unas reflexiones sobre uno de sus miembros más destacados: García Lorca, Federico.

Lorca es un grandísimo poeta al que su condición de homosexual, “rojo”, fusilado y enterrado en una fosa, le hace ser “más grande” a quienes tal vez ni siquiera conocen su poesía. Hace poco cierto alcalde afirmó que una escritora no debía ser hija predilecta de Madrid por ser comunista (el alcalde, claro, era de derechas). Y Borges, uno de los mejores escritores que hayan existido, no tuvo un merecidísimo Premio Nobel por su adhesión al régimen militar de su país. Pero, además de los prejuicios políticos, están los nacionalismos. Voltaire consideraba a Shakespeare muy inferior a los franceses Corneille y Racine, y tildaba al inglés de bárbaro afirmando que, al introducirlo en Francia, había salvado algunas perlas del fango.

En suma, ¿qué pretendo decirte? Pues que el vino es bueno para beber, pero no para jugar a la pelota. Déjate en la puerta los prejuicios al leer una obra. Éste es el consejo que sí puedo darte “a fuer de viejo”.

Carta XXIX

Querido bachiller:

¿Y los ausentes? Sí, muchos, injustamente silenciados. Pero ya te he dicho de un modo insistente que estas cartas no son un manual de literatura. Podría añadir a Juan Ramón, con su poético “Platero es pequeño, peludo, suave”; y a Rubén Darío, con esa sonora marcha triunfal (¿recuerdas lo de “Rompe Tritón su caracol torcido?”). Y, muy en particular, Miguel Hernández, con sus magníficos sonetos y su gongorinos inicios con Perito en lunas (uno de los ejercicios que puedes hacer es romperte la cabeza intentando desentrañas su sentido). Sí, podría hablar de ellos. Pero no quiero. Prefiero que tú los leas. Juzga y luego me cuentas.

Carta XXX

Querido Bachiller:

Solamente por motivos personales (aunque el autor sea digno de tenerse en cuenta) incluyo aquí a un escritor de alargados apellidos, Ramón Gómez de la Serna. Y si largos son sus apellidos, cortas son sus “greguerías”. Éste es un género que consiste en escribir una breve frase donde el humor se una a la metáfora. Antes de Ramón (con sus apellidos) ya existían greguerías “avant la lettre”, como aquel burgués que hablaba en prosa sin saberlo. Así Pascal nos dice que los ríos son “camino que andan” y Ortega nos dirá que las uvas son “tumorcicos de luz”.

Si te he dicho que esta carta tiene motivos personales es porque yo he sido también cultivador de géneros (te animo a que hagas algunas cuantas). Aquí te dejo, para terminar, un ramillete de mis greguerías:

* Si vaca se escribe con v y becerro se escribe con b es porque existe un conflicto generacional.

* La luz viaja a velocidad constante salvo cuando llega tarde a encender la aurora.

* El ex alcalde sólo se lleva el ex de Excmo. cuando deja el cargo.

* La letra A es la escalera de mano para comprobar que todas las letras están en fila.

* seruegarespetarladistanciadeseguridaddebida.

* El flexo se mira los pies para ver si los zapatos están brillantes.

* La palabra “escáaaaandalo” sería menos escaaandolosa si no la pinchase el alfiler de la tilde beata.

* La anécdota es acné docto en el cutis de la categoría

* Los paraguas tienen el mango curvo porque nos interrogamos sobre si va a llover.

* El contenido del paréntesis siempre será un misterio para el resto de la frase.

*Tenemos miedo de la muerte porque no la conocemos bien.

* El cocodrilo parece que ha sido aplastado por un hipopótamo.

*El reloj de sol, el reloj de arena y la clepsidra son los relojes del turismo de playa.

Y más, pero no te quiero agobiar.

Pablo Galindo Arlés

22 de enero de 2022